



No tenemos más remedio que insistir sobre la vida cara. Hay unas denuncias concretas; hay unos hechos escandalosos... ¿Y qué? ¿Es que no vamos a pasar de los discursos? ¿Es que no vamos a pasar nunca de la condena verbal? Porque mientras los Sindicatos de Levante atesoran el arroz, lo cierto es que Madrid, desgraciadamente, sigue sin comer. Y éste es un crimen para el que jamás habrá bastante castigo...

## ASI SON LAS CADENAS DE FRANCO

(Viene de la página primera.)

males, aumentados por una pequeña cantidad en concepto de servicios de campaña. Un alférez percibe cortamente 370 pesetas.

Los alféreces "estampillados"

Don Francisco Franco, un señor bastante conocido en Facislandia, ordenó un día estampillar todos los pocos billetes que por allí andan. Era sellarlos con un membrete circular de letras de

mentales: el bachillerato. Y no pudieron con estudios superiores. Y se dedicaron a monárquicos o a fascistas.

Ahora son alféreces provisionales o "estampillados". Marchan quince días a una Academia; primordialmente, de Burgos, Toledo o Sevilla. A las dos semanas y un día justamente regresan con un uniforme impeccable, iluminado por una estrella de alférez. Ya son señoritos del todo. Ya son señoritos con mando. Ya son—me consta

Hasta las once y media. Hasta las once y cincuenta y nueve minutos. Pero a las doce de la noche y un minuto, uno de los dos capitanes discutidores por el mérito "propio" de que un tercero muriera días antes en combate, asciende a comandante. A las doce de la noche y un minuto, es comandante. Ante él hay un ser inferior: el otro capitán. La discusión es absorbida por la voz cantante del comandante. Ya no puede llevar razón nunca el capitán. Ya puede el coman-

callejuelas. Aquí se encontraban a una. Más allá, a otra. A todas las muchachas del pueblo les decían que acudían al local del Ayuntamiento para bailar. Pasó un rato. Otro más largo. Ninguna moza llegaba. El más viejo de los capitanes, iracundo, ordenó:

—Que el alaguací eche un bando. Se amenaza a las chicas con cortarles el pelo.

Poco después había en el local de la Casa de la Villa un buen plantel de mozas de caderas amplias y colores sanos.

Empezó el baile. Saltaron las cuerdas de la única guitarra del pueblo. El baile siguió al son de panderas. Al son de panderas de destino santo. De panderas destinadas a recoger el trigo en la era, y no a hollar la moral de mozas de un pueblo hundido en montes.

Los jefes y oficiales fascistas, la cara pegada a su pectoral, agarraban a ésta con las dos manos a la espalda. La danza seguía, aunque los golpeadores de las panderas descansaran un poco en sus mazazos. De los rincones oscuros del local salían de cuando en cuando chillidos femeninos. Y allí estaban de testigos, agrupados en la puerta del baile, la mirada tonta, los mozos del pueblo. Los hermanos o los novios de aquellas muchachas apresadas por la sensualidad del fascismo.

Empezó a correr el vino. Los mozos lo rechazaron. Y de la boca de una callejuela salen varios soldados y falangistas.

Se acercan al baile. Quien participar de él. Les impide el paso un alférez "estampillado". Con un trago que beban, ya está bien.

Muy pronto hacen corrillos, corrillos de voz baja, con los mozos de mirada tonta, con los novios o hermanos de aquellas muchachas que chillan en los rincones oscuros del baile. Mozos, soldados y falangistas desaparecen rápidamente.

Se acercan al baile. Quien participar de él. Les impide el paso un alférez "estampillado". Con un trago que beban, ya está bien.

Ya puede decirse que la estrategia de la posición, por disparatada, tiene que modificarla de arriba abajo. Que sólo puede dormir desde tal hora a tal otra. También le puede añadir que va a quitar una amiga. El capitán repetirá siempre:

—A sus órdenes, mi comandante.

Ya puede decirse que la estrategia de la posición, por disparatada, tiene que modificarla de arriba abajo. Que sólo puede dormir desde tal hora a tal otra. También le puede añadir que va a quitar una amiga. El capitán repetirá siempre:

—A sus órdenes, mi comandante.

Por qué no proyectas, tú, lector—que tanto poder imaginativo tienes sobre el feudalismo del militar fascista—, por qué no proyectas esta lectura todavía fresca en la situación de un soldado ante un comandante?

Un comandante fascista puede exigir el cuerpo a un soldado, o el cuerpo de la hermana de un soldado.

(Camarada: A mí me han dicho Sólo te añadir que nunca he defendido más valientemente la vida que cuando me dejé pegar. ¡Qué esfuerzos de valentía tuve que hacer para no recibir un tiro! No se parece también, camarada, que se empeñó la barbarie militar fascista limitándose a adjudicarle malos tratos de palabra u obra?)

A un alférez "estampillado":

—Eso..., los soldados y falangistas, que se larguen velozmente a sus posiciones. Me van a tener... Eso mismo... Por habernos dejado así...

Todas las chicas del pueblo, al día siguiente, entregaron su pelo, entre sollozos y temblores de terror, al barbero.

Sólo una se salvó. Una moza, huérfana, de madre desde la niñez, a quien el fascismo le había fusilado el padre unos meses antes. Una moza que estaba al frente de una casa y de tres hermanitos. Una moza que con más terror que ninguna otra había dado durante el baile un beso a la dentadura incompleta del más viejo de los capitanes.

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Por las nubes, por Echea



EL AMA DE CASA.—Ya verán ustedes cómo van a batir el "récord" de altura!

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

### LO INCOMPRENSIBLE

#### Imperio Argentina, amiga de Hitler, amiga de Goebbels...

Y plato fuerte en nuestras emisiones de radio

Hace pocos días, LA VOZ protestó contra el hecho de que en las emisiones de radio figura, relativa unos discos soportados con tangos de Ortiz Garay, Alegreos—con mucho gusto—que esos tangos han desaparecido. Ahora bien: en el hueco que han dejado hay otros con tangos, jotas y canciones de Imperio Argentina. ¿Por qué? ¿Es que hay alguien todavía que ignore la calidad fascista de esa mujer?

Por si no es bastante la determinación de la Junta de Especialistas surprendiendo la proyección de sus películas—algunas de las cuales desde los autores a los "vestidores", pasando por el director, eran una verdadera exhibición de affiliações o simpatizantes con el fascismo—, vamos a hacer más rápidamente la ficha de esa actriz. El 18 de julio, Imperio Argentina huyó a La Habana. Cuando se acabó el dinero se marchó a Alemania, donde sigue ahora. En Berlín ha sido recibida por Hitler y su corte. De acuerdo con ellos, va a filmar una película exclusivamente para los nacionalsocialistas.

¡Está claro todo esto! Y no es mucho pedir que se suprima su voz de los microfonos antifascistas. Porque su inclusión en las emisiones leales es, por lo menos—no usemos calificativos demasiado definitivos—, una cosa perfectamente estupida.

Empezó a correr el vino. Los mozos lo rechazaron. Y de la boca de una callejuela salen varios soldados y falangistas.

Se acercan al baile. Quien participar de él. Les impide el paso un alférez "estampillado". Con un trago que beban, ya está bien.

Muy pronto hacen corrillos, corrillos de voz baja, con los mozos de mirada tonta, con los novios o hermanos de aquellas muchachas que chillan en los rincones oscuros del baile. Mozos, soldados y falangistas desaparecen rápidamente.

Se acercan al baile. Quien participar de él. Les impide el paso un alférez "estampillado". Con un trago que beban, ya está bien.

Ya puede decirse que la estrategia de la posición, por disparatada, tiene que modificarla de arriba abajo. Que sólo puede dormir desde tal hora a tal otra. También le puede añadir que va a quitar una amiga. El capitán repetirá siempre:

—A sus órdenes, mi comandante.

Ya puede decirse que la estrategia de la posición, por disparatada, tiene que modificarla de arriba abajo. Que sólo puede dormir desde tal hora a tal otra. También le puede añadir que va a quitar una amiga. El capitán repetirá siempre:

—A sus órdenes, mi comandante.

Por qué no proyectas, tú, lector—que tanto poder imaginativo tienes sobre el feudalismo del militar fascista—, por qué no proyectas esta lectura todavía fresca en la situación de un soldado ante un comandante?

Un comandante fascista puede exigir el cuerpo a un soldado, o el cuerpo de la hermana de un soldado.

(Camarada: A mí me han dicho Sólo te añadir que nunca he defendido más valientemente la vida que cuando me dejé pegar. ¡Qué esfuerzos de valentía tuve que hacer para no recibir un tiro! No se parece también, camarada, que se empeñó la barbarie militar fascista limitándose a adjudicarle malos tratos de palabra u obra?)

A un alférez "estampillado":

—Eso..., los soldados y falangistas, que se larguen velozmente a sus posiciones. Me van a tener... Eso mismo... Por habernos dejado así...

Todas las chicas del pueblo, al día siguiente, entregaron su pelo, entre sollozos y temblores de terror, al barbero.

Sólo una se salvó. Una moza, huérfana, de madre desde la niñez, a quien el fascismo le había fusilado el padre unos meses antes. Una moza que estaba al frente de una casa y de tres hermanitos. Una moza que con más terror que ninguna otra había dado durante el baile un beso a la dentadura incompleta del más viejo de los capitanes.

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de domingo en un pueblo situado a cinco o seis kilómetros de la línea de fuego. Era el pueblo más bonito de la contornada. Un grupo de casitas blancas rodea a las completamente de bosques. Como unas jaulas colgadas en la enramada de aquellos bosques. Verás, lector, lo que ocurrió...

Llegaron al pueblo más de una docena de jefes y oficiales. A pasar la tarde del domingo. A bailar en aquel pueblo oculto entre árboles y casi sin "manosear". Los más jóvenes, los alféreces, se lanzaron por las calles.

Es lo que ocurrió una tarde de